2073

GALERÍA DRAMÁTICA

DE

MANUEL P. DELGADO

COMPRENDE

LAS MEJORES OBRAS DE NUESTROS CLÁSICOS MODERNOS

4
1

OFICINAS

PASEO DE RECOLETOS, NUM. 10, PISO PRIMERO

MADRID

LOS CERROS DE UBEDA.

JUGUETE EN UN ACTO,

ORIGINAL DE

DON FERNANDO MARTINEZ PEDROSA.

Representada, por primera vez, en el teatro de Variedades en 4 de Diciembre de 1869.

M. P. D.

MADRID: 1870.

IMPRENTA DE D. P. LOPEZ,
Cava-Baja, 19, bajo.

PERSONAS.	ACTORES.
NIEVES.	*Doña Juana Gonzalez.*
DON PEDRO.	*Don Juan José Lujan.*
GUSTAVO.	*Don José Vallés.*
LUCAS.	*Don José Riquelme.*

La accion, en Chamberí, en casa de don Pedro.
Las indicaciones están tomadas de la parte del actor.

Este juguete pertenece á la Galería Dramática, que comprende los teatros moderno, antiguo español y estrangero, y es propiedad en el todo de su editor *Don Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso le reimprima ó represente en algun teatro del Reino, ó en los Liceos y demás Sociedades sostenidas por suscricion de los Socios, con arreglo á la ley de 10 de Junio de 1847, y decreto Orgánico de teatros de 28 de Julio de 1852.

ACTO ÚNICO.

Sala con muebles antiguos. Puerta á la derecha, que se supone comunica con la calle, y dos á la izquierda. En el fondo una ventana practicable. Una arca grande, colocada en sitio que domine el espectador. Una espada antigua, de caballería, colgada en la pared del fondo.

ESCENA PRIMERA.

NIEVES, *sale por la segunda puerta izquierda y abre la ventana.*

Qué mañanita tan deliciosa. Acaban de dar las seis y nadie se ha levantado todavía. Y mi primo Gustavo que no viene... Buen modo de hacer méritos. Papá quiere que me case con su amigo Lucas, el cual le tiene sorbido el seso, y yo me he empeñado en que ha de ser con Gustavo, por lo mismo que no le deja entrar en casa. Lucas es un ente que me carga, y mi primo aunque tiene, digámoslo así, el genio fuerte, es un jóven valiente y decidido á arrostrar los mayores peligros por complacerme. Sí señor, yo no entrego mi mano mas que al hombre que se haga digno de ella por su valor. Sin pruebas yo no me caso. Siento ruido... (*Vuelve á la ventana.*) debe ser Gustavo. Justo; así escala todos los dias, dos ó tres veces, la ventana y papá dice que es prosáico... qué error tan lamentable! prosaico un hombre que se rasgó ayer los pantalones por elevarse hasta mí! prosáico y puede romperse el dia menos pensado la cabeza? (*Viéndole.*) Arriba, pon el pié en una rama y agárrate á los ladrillos. (*Alegre.*) Ya está aquí.

25921

ESCENA II.

NIEVES. GUSTAVO, *por la ventana.*

Gustavo. (*Limpiándose.*) Gracias á la cananea. Traigo tres rasguños y doscientos arañazos, y todo por quién?

Nieves. Por mí!

Gustavo. Y eso que sé gimnasia y tengo puños de hierro, que sinó...

Nieves. Así te quiero yo.

Gustavo. Mucho me cuestas, primita.

Nieves. Tú, digámoslo así, me comprendes!

Gustavo. Te comprendo, pero me van faltando las fuerzas. Llevo un mes de volatines y estoy decidido á entrar en esta casa por la puerta.

Nieves. Desmerecerías mucho á mis ojos.

Gustavo. Mire usted que es manía; chica, á tí te han vuelto tarumba las novelas. Yo deseo casarme contigo y en seguida. He concluido mi carrera de notario, y necesitamos comprar una escribanía.

Nieves. La compraremos, Gustavo, ten calma, que todo se arreglará, en cuanto mi papá se reduzca á la razon. Ya se vé, Lucas es el obstáculo mayor á nuestra dicha.

Gustavo. De Lucas yo me encargo; se le dá una paliza y hemos acabado.

Nieves. Eso no, rechazo la agresion: (*Mostrando una sortija que lleva.*) Mira, este es un anillo que mi difunta mamá regaló á mi papá. Mamá era rica y papá pobre. Papá era empleado...

Gustavo. Desdichado!

Nieves. Y mamá tenia la renta que nos ha dejado para vivir, y además esta casita, que es propia.

Gustavo. Yo no habia advertido que tienes renta y casa propia. Te quiero por amor y no reparo en esas menudencias. (Muy bien!)

Nieves. Ya lo sé. (Otro rasgo!)

Gustavo. Sigue.

Nieves. Te iba á decir, que mi mamá dió á mi papá este anillo, y con él el suspirado sí, y en seguida el sacerdote los bendijo.

Gustavo. Muy bien hecho; aprende el ejemplo de tu mamá.

Nieves. Sí, yo colocaré en tu dedo este anillo, en señal de que llega el momento de casarnos.

Gustavo. Corriente; y cuándo va á ser eso?...

Nieves. Pronto, Gustavo mio, cuando menos lo pienses iremos á la vicaría.

Gustavo. (Mejor es que sea cuando menos lo piense, porque si se llegan á pensar estas cosas...) Si don Pedro entrára en caja comprenderia que tú estás enamorada de mí y no se empeñaría en casarte con ese bobo de Coria que ni habla ni pabla.

Nieves. Pero como es rico y sabe llevar á papá el genio y le sigue las manías...

Gustavo. Que no tiene pocas.

Nieves. Y cada vez mas raras. Está tan distraido que, ó le dá por las cosas políticas ó por las zarzuelas bufas.

Gustavo. Todo es lo mismo.

Nieves. No se le puede hablar, absolutamente, de nada formal.

Gustavo. Vamos, mi suegro está chiflado.

Nieves. Pero así y todo, si te encuentra aquí, te expulsa. (*Don Pedro tose dentro, primera puerta izquierda.*) Ya se ha levantado, huye.

Gustavo. Hasta luego. Hoy no me separo de esta casa hasta que no se resuelva todo. (*Se dirige á la puerta derecha.*)

Nieves. Por ahí es imposible; no sabes que está el cuarto de la doméstica?

Gustavo. Es decir, que esa puerta está cerrada siempre para mí? Vámonos por la ventana. (*Mirando por la ventana.*) No puede ser, hay gente abajo. (*Don Pedro vuelve á toser mas cerca.*)

Nieves. Y papá viene. Qué apuro!...

Gustavo. Dónde me meto?

Nieves. En el arca.

Gustavo. Se está muy mal.

Nieves. Ayer guardó papá, no sé qué cosas, y estará mas blando. (*Tos.*) Que sale, no hay remedio.

Gustavo. Me sepulto.

Nieves. Aprisa!

Gustavo. (*Entrando en el arcon.*) Dí que estas no son pruebas. Algo suena aquí. (*Nieves baja la tapa y la besa la mano.*)

Nieves. Eso no vale. (Me quiere mucho el gran pícaro!) Silencio.

ESCENA III.

NIEVES. DON PEDRO. GUSTAVO, *en el arca.*

Pedro. (*De bata grotesca y cantando bajo.*) «Soy señor muy conocido, por mi nombre y apellido...» Buenos dias.

Nieves. (*Besándole la mano.*) Felices, cómo se madruga hoy.

Pedro. (*Mirando á la ventana.*) Te has empeñado en dejar abierta la ventana, y si se cuela algun yerno tonto...

Gustavo. (*Por la rendija del arca.*) (Ya coló.)

Pedro. Me he levantado temprano porque, hasta cuando duermo, me preocupo y no he podido descansar. Tráeme el chocolate y hablaremos.

Nieves. Voy. Yo tambiem tengo que hablar con usted. (*Vase, segunda puerta izquierda.*)

Pedro. Tengo los cinco sentidos puestos en esta niña, y el cuidado de su educacion me distrae de mis negocios. Como es hija única y tiene tanto talento, me domina la chicuela. Estoy decidido á casarla con Lucas, seguro de que, no bien la proponga este ventajoso enlace, se pondrá mas contenta que unas pascuas.

Gustavo. (*Asomándose y volviéndose á esconder.*) (Cuándo te vas?)

Pedro. Hoy no salgo de aquí en todo el dia. (*Mirando al arca.*) Como en casa está todo por junto, y tomo chocolate cuatro veces diariamente, y no puedo tomarle en seco, he convertido esa arca en depósito de azucarillos para el consumo del mes. Así tengo un carácter tan dulce. (*Se dirige á la puerta cantando.*) «Soy señor muy conocido, por mi nombre y apellido...» Nieves, mi chocolate.

Nieves. (*Con el servicio de chocolate.*) Aquí está. Es manía que he de ser yo quien ande en estas cosas, por lo mismo que detesto la cocina. Tome usted. (No

tiene leche y se va á enfadar.) (*Le dá la bandeja. Don Pedro se sienta con ella, en la mano.*)

Pedro. Saca media docena de azucarillos.

Nieves. Hoy no los hay.

Pedro. Si llené ayer esa arca.

Nieves. Esa arca? (Qué atrocidad!) Pues hoy no los puede usted tomar, porque irritan y... son muy indigestos.

Pedro. (*Tomando sopas de chocolate.*) «Soy señor muy conocido...» La leche le dá cierto gusto... á leche...

Nieves. (Lo que son las ilusiones.)

Pedro. (*Cuando va á hablar toma una sopa de chocolate y no se le entiende.*) Pues señor... te decia que... que debo... hablarte con franqueza ya que nos hallamos completamente solos... (*Gustavo deja caer la tapa del arca. Don Pedro no se dá por entendido y sigue comiendo. Nieves dá un grito ahogado.*)

Nieves. Ay!

Pedro. (*Tranquilamente.*) Por qué suspiras? Comprendes lo que voy á decir. No te alteres, tontina, y escucha. Yo... soy tu padre.

Gustavo. (Noticia, el Ferrol está en Galicia.)

Pedro. Soy tu padre, y por consiguiente te quiero como á una hija y deseo colocarte.

Nieves. Dónde?

Pedro. Quiero colocarte. (*Se distrae.*) Porque cuando me colocaron en la administracion de Hacienda de Badajoz, tenia yo un amigo que era sordo, y á pesar de que el médico...

Nieves. (Ya no sabe por donde vá.) Pero qué tiene que ver?...

Pedro. Es á propósito de que deseo proporcionarte un marido que me acomode y te acomode, con el fin de uniros en el Santo lazo.

Nieves. Casarme yo? Con quién?

Pedro. (*Tomando la última sopa y sorbiendo.*) Con... de qué hablábamos?

Nieves. Pues, de mi boda.

Pedro. Ah, sí, te casas con... (*Sorbe.*) Ya lo sabes.

Nieves. Con quién?

Pedro. Con Lucas...

Nieves. Cómo?
Pedro. Gomez.
Nieves. Lucas Gomez? Jamás, jamás, jamás.
Pedro. Tú tambien nos vienes con jamases? Y por qué no has de querer á Luquitas?
Nieves. Porque amo á otro.
Pedro. A quién amas, atrevida? (*Echa agua en la jícara y se la sorbe.*)
Nieves. (*Con temor.*) A mi primo.
Pedro. Qué primo es ese?
Nieves. (*Bajando la voz.*) Gustavo.
Pedro. He?
Nieves. (*Dando una voz para que entienda.*) Gustavo.
Gustavo. (*Saliendo apresurado y descompuesto del arca.*) Allá voy.
Pedro. (*Dejando caer el servicio del chocolate.*) El estudiante!
Gustavo. Ah!
Nieves. Oh! Perdon, papá!
Gustavo. Perdon, tio!...
Pedro. Tio á mí? Tio yo? Yo no soy tio. Vete, jóven insurrecta, y déjanos solos.
Nieves. Piedad.
Pedro. Huye de aquí, lagartija filial, hija contrabandista! vamos!... (*Vase Nieves, segunda puerta izquierda.*)

ESCENA IV.

GUSTAVO. DON PEDRO.

Pedro. (*Con énfasis de indignacion.*) Qué hacia usted ahí? Quién le ha metido á usted ahí? Usted sabe lo que yo tengo ahí?
Gustavo. Yo estaba distraido, lo confieso.
Pedro. No comprendo que haya quien se distraiga así. Mire usted, yo soy aficionadísimo á la música y cuando la oigo nunca me distraigo.
Gustavo. Y qué?
Pedro. Y no será porque no entro en los cafés donde hay piano... pero usted no se contenta con entrar en esta calle...
Gustavo. (Adios, ya coge el hilo!)

Pedro. Si nó que entra usted en el portal, y luego en esta sala, de mi confianza, y luego por entrar todavía mas adentro, se mete usted en el arca. Señor mio, eso es meterse en mis interioridades!... (*Distraido.*) Qué hay de política?

Gustavo. (Se entrega.) De política se habla mucho. Figúrese usted que los hombres del poder están á matar con los de la oposicion, y los que no mandan se declaran cada dia mayores enemigos del poder. Figúrese usted que los de aquí, tienen destinos y los de allá, quieren tenerlos tambien, y los unos no quieren soltarla, y los otros pinchan y pinchan para que la suelten. Figúrese usted, que el que no chilla no come y el que no pega no manda. Figúrese usted que pegan muchos y mandan pocos, y comen una docena, y ayunan doce mil, y en fin...

Pedro. Que esto es un lio, amigo del alma; tiene usted razon, una olla de grillos con las patas y los brazos rotos. Qué sabio es aquel que dijo: qué pais! qué paisage! qué paisanage y qué correage!

Gustavo. (Está muy razonable.)

Pedro. Mas ahora caigo; tú no has entrado aquí á humo de pajas. Dime á lo que has venido.

Gustavo. (Qué inventaré?) Diré á usted, yo ignoraba que usted no quiere que venga á su casa.

Pedro. Lo ignorabas? Pues.

Gustavo. Pero me levanté esta mañana, al rayar el dia, y dije: Me voy á dar un paseito á caballo.

Pedro. Ya mientes; tú no montas, tú no tienes caballo, tú eres paisano de infantería.

Gustavo. Le alquilé, y al llegar al paseo del Cisne se asustó del... el caballo.

Pedro. Se asustó del Cisne? Embustero.

Gustavo. No, el caballo se asustó... de su sombra.

Pedro. Embuste; si hoy no ha salido el sol.

Gustavo. Pero habia reflejo. El caso fué, que vamos, perdí el equilibrio y... zas! vine á dar con las espaldas en el poste del telégrafo.

Pedro. Mientes, allí no hay mas telégrafo que tú!

Gustavo. Aun tendré la señal del batacazo. (*Se vuelve y enseña la levita un poco descosida por la espalda.*)

Pedro. (*Riendo á carcajadas.*) Calle, es curioso, ja, ja,

ja! (*Cantando.*) «La casaca rota por detrás... ja, ja, ja!»

Gustavo. (Ya vuelve á su estado normal.)

Pedro. Te creo, hijo mio, te creo, vamos, has venido á que se te pasára el susto y á coserte el roto. Bien hecho, ya sabes que esta casa está á tu disposicion.

Gustavo. Decia yo, que si usted no permite que mi prima me dé aquí una puntada...

Pedro. Dispensa, pero mi niña no sabe coser.

Gustavo. Qué me dice usted?

Pedro. Ni un boton, y rotos de caidas de caballo alquilado, menos. La he dado una educacion muy esmerada. Canta, baila el can-can de sociedad, pinta al temple y tira á la pistola... pero coser, no ha nacido para costurera. Con que vaya, hasta otra vista. Anda á buscar el jamelgo y no le vuelvas á montar, no sea que saques otra vez la casaca rota por detrás. Adios.

Gustavo. (*Cojeando.*) El caso es que no puedo andar del porrazo...

Pedro. Pues no hay remedio. Es peor estar parado.

Gustavo. (*Dirigiéndose á la ventana.*) Abur.

Pedro. (*Indicándole la puerta.*) Por allí se sale, hombre, que te vas á la ventana.

Gustavo. Es verdad. (La costumbre.) Hágame usted el favor de despedirme de la familia.

Pedro. Yo no tengo familia. Soy padre único, de hija única.

Gustavo. Pues por eso digo... Es tan bella!...

Pedro. (*Distraido.*) Tambien conozco esa zarzuela.

Gustavo. Cuál?

Pedro. *La bella Helena* y *la Gran Duquesa*, donde sale el general Bombom! Mira ese sable, es el sable de papá. Me le ha querido comprar un inglés, pero no le vendo. Le he mandado afilar por si acaso, porque, aquí, á lo mejor se suben por la ventana.

Gustavo. Que usted lo pase bien.

Pedro. (Se ha cortado antes de darle con el sable.) Adios, Gustavo Perez, y que no te desboques.

Gustavo. (*Yéndose por la derecha.*) (Hay que sacar á la chica depositada.)

ESCENA V.

DON PEDRO. *Despues* NIEVES *y* GUSTAVO.

Pedro. He descubierto el gatuperio. Ahora mismo me voy á buscar á Luquitas. Es necesario que diga si se decide á casarse cuanto antes, porque mi hija no puede esperar mas, es decir, yo no puedo esperar á que espere mi hija, y se entretenga en esconder al otro. Y ahora recuerdo, buenos estarán mis azucarillos de rosa y de limon. (*Abre el arca y saca pedazos pequeños de azucarillos y se los come.*) Harina! harina!... Y aquí hay una cartita. A ver, á ver: es la letra y la ortografía de mi hija: (*Lée.*) «Amoro mio.» Qué moro será éste? «Quiren sacrifirme.» Ah, ya; quieren sacrificarme, «calándome co Lucas, tú no lo pemirtas...» Qué no lo permita? Hija infame! «Entra en cala.» Vuelta á la caladura. «Y meróbas.» Dice que la robe, Señor! «Pues papá es un... un calila.» (*Indignado.*) Me llama lila!... no, no, Calígula, lo acerté. Pero esto es peor. «Ados, Gusvo.» Ni el demonio entiende que aquí dice, Adios, Gustavo. «Tulla de coracon, Nieves.» (*Furioso.*) Yo te daré el coracon! Echo á correr á buscar al otro. Dónde está mi sombrero de copa? (*Toma el sombrero apresurado y se le pone, dirigiéndose á la calle sin advertir que está de bata. Gustavo asoma por la ventana y Nieves á la izquierda, y al ver á don Pedro se retiran de repente.*)

Gustavo.
Nieves. } (Oh!)

Pedro (*Amenazador.*) Señor de Gusvo, tú me pagarás el destrozo de los panales. Hija criminal, prepárate á casarte con Lucas Gomez, ó sino á quedar aquí empaderada. Ahora echo esta llave por fuera. (*Coge la llave de la puerta y sale dando un portazo, para cerrar. Gustavo salta y Nieves viene, colocándose cada uno detrás de una hoja de la puerta, conteniendo para que don Pedro no pueda echar la llave. Este dá otro portazo y vuelve á entrar quedando ellos ocultos detrás de la puerta.*) Qué miles de demonios tiene

:

esta puerta? Ah, es el aire. (*Sale y cierra echando la llave en falso.*)

ESCENA VI.

NIEVES. GUSTAVO.

Gustavo. Ha cerrado en falso.

Nieves. Estoy viendo que va á volver. Tiemblo como la flor en el tallo.

Gustavo. Yo venia á ver si me quieres coser esta levita. (*Enseña el descosido.*) Y si hay por ahí algo que echar á perder... Estoy en ayunas.

Nieves. Jesus, cómo te has puesto.

Gustavo. Todo por tí.

Nieves. (Otro rasgo!) Tú no sabes lo que pasa? Papá lo ha descubierto todo y ha salido en busca de Lucas.

Gustavo. Cóseme esto y vente.

Nieves. Iré, porque nunca falta un roto para un descosido. Pero aún puede papá ablandarse si acertamos en el medio de atraerle, antes que apeles al rapto!

Gustavo. Imposible; si me declaro, se irá, como siempre, por los cerros de Ubeda.

Nieves. (*Escuchando.*) Ya creo que vuelve. Ven al comedor, que allí tengo el estuche de la costura. Y la Mamerta?...

Gustavo. La Mamerta? En dándola dos duros, ya está muerta!

Nieves. Ay, has hablado en verso! Eres poeta!

Gustavo. No lo creas. Todos hablamos en verso cuando nos duele el estómago.

Nieves. Pues vamos al comedor. (*Vánse, segunda puerta izquierda. Gustavo se ha dejado el sombrero en una silla.*)

ESCENA VII.

LUCAS.

(*Abre la puerta derecha, entra silencioso y despues de observar que no hay nadie se sienta y bosteza.*)

Tengo una galvana regular. Nunca que vengo á ver á don Pedro Regalado le encuentro en casa. Se ha empeñado en que me enganche con su pimpollo, y el pimpollo creo que no se inclina mucho á mí. Aquí hay un sombrero. (*Toma el sombrero de Gustavo, se quita el suyo y se lé prueba.*) No es de don Pedro, porque tiene la misma cabeza que yo, y este sombrero no me entra. Creo que este sombrerito es de alguien. (*Escucha y mira por la cerradura de la segunda puerta izquierda.*) Allí veo á la señorita hablando con un gazapo. Ya pareció la cabeza del sombrero. Y vienen asustados... Lucas, mucho ojo! Se acercan, me esconderé para saber de lo que se trata. Y dónde? En este arcon. (*Vuelve á bostezar.*) Tengo un sueño... (*Se oculta y cierra.*)

ESCENA VIII.

LUCAS, *oculto*. GUSTAVO. NIEVES.

Nieves. Con que quedamos en eso?
Gustavo. (*Mascando.*) Haré mi papel de la mejor manera posible. Y gracias por las puntadas y por el requeson de Miraflores.
Nieves. No tenia otra cosa que darte. Guerra á Lucas!
Gustavo. Guerra á muerte!
Nieves. Estará en casa ya papá? (*Escuchan y se dirigen cada uno á un lado. Lucas estornuda fuerte.*)
Gustavo.
Nieves. } (*Volviéndose el uno al otro.*) Jesus.
Los dos. No hay de qué.
Gustavo. Te has resfriado?
Nieves. Tú sí que habrás tomado rapé.
Gustavo. Yo no he estornudado.
Nieves. Yo tampoco.

Gustavo. Pues parecia... será aprension.

Nieves. Es el miedo: yo estoy inquieta; vete y en seguida te presentas, formalmente, á mi papá. Síguele la corriente, dí muchos disparates, canta si es preciso, así le pones de tu parte y nos casa.

Gustavo. Cuánto mejor fuera que me hubieras dado la señal... y á los cinco minutos estás depositada.

Nieves. No, Gustavo, no me deposites todavía. (*Se oye un llamador de calle.*)

Gustavo. Malo!...

Nieves. Ese repique es de papá. Ya no puedes salir. Escóndete en el arca. Adios. (*Huye por la izquierda y cierra.*)

Gustavo. Otra vez á enterrarme; no hay paciencia. Está visto que este chisme se ha hecho para mi uso. (*Va á abrir el arca y no puede.*) Está cerrada. Vuelta á la ventana. Ahora no pasa gente; qué tragin! (*Toma el sombrero y se descuelga.*)

ESCENA IX.

LUCAS. *Despues* NIEVES.

Lucas. (*Asomándose al arca.*) Creo que la niña se la pega á su padre, y me la pega á mí, y vamos á acabar como el rosario de la aurora. (*Escucha.*) Ya vienen otra vez, pero yo no me muevo; aquí callo y aguanto suceda lo que suceda; así descubriré la trama de esos babosos. (*Bosteza.*) A pillo, pillo y medio. (*Se oculta precipitadamente, y al cerrar el arca se deja una mano fuera.*)

Nieves. (*De puntillas y á media voz.*) Papá no ha subido y mi Gustavo sigue en el arca de Noé. Lo que sufre el pobrecito, ni que fuera de goma elástica! Estas sí que son pruebas. (*Se acerca en silencio al arca. Lucas ronca.*) Ave María! Se ha dormido: es claro, rendido de tanto ejercicio. Qué imprudencia! Le ocultaré la mano, pero... qué idea! voy á darle una sorpresa. Le coloco el anillo porque tanto ha suspirado y con esto ya comprenderá que estoy decidida á todo. (*Le pone el anillo en un dedo con cuidado.*) Así, eso es. Tiene hoy el cutis muy áspero. Infeliz! será de los ladrillos.

Pedro. (*Dentro y cerca de la puerta derecha.*) Dentro espero al que me busque.
Nieves. Papá! (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA X.

LUCAS. DON PEDRO.

Pedro. No se puede andar por la calle sin un rewolver. Porque me han visto de bata y sombrero alto, qué jarana! Hasta me han llamado pendon! Pero este Luquitas, dónde andará que he corrido medio mundo y no le encuentro? (*Lucas ronca fuerte. Don Pedro dá un respingo.*) Hé? Me he quedado frio. (*Ronca otra vez.*) Otra! Cayó el raton en el arca otra vez. Qué hago? Y con qué descaro saca una mano... la conozco esa manopla, es de Gustavo Perez. (*Lucas ronca con mayor fuerza.*) Ese resoplido es de Gustavo Perez, no hay duda. Gustavo Perez se ha mudado á mi arca. (*Saca el sable decidido.*) Esto no hay quien lo aguante. Muera Gustavo Perez. Pero cometer un crímen tan completo! Con cortarle una mano, basta; nada, se la corto! (*Pega un latigazo con el sable en la mano de Lucas, el sable cae y don Pedro echa á correr. Lucas dá un grito y sale del arca quejándose.*)
Lucas. Ay, ay, ay!
Pedro. (*Asustado.*) No es Gustavo! (*Grita.*) Ladrones!
Lucas. Ay! soy yo! Ay!
Pedro. (*Enternecido.*) Luquitas de mi alma, pero quién habia de figurarse... le he dado á usted sin querer.
Lucas. Pues si llega á ser queriendo, me deja usted manco. Ay mi dedo!
Pedro. Chúpesele usted y se le pasa: así me curo yo los sabañones. Buscándole á usted por todas partes, mientras usted estaba ahí, como el otro!... Qué risa!...
Lucas. Qué otro? (Ya sé quién!)
Pedro. Como el otro que dice, durmiendo la siesta. (Por poco cometo una imprudencia!)
Lucas. (Cómo disimula.) (*Soplando.*) Qué bochorno!
Pedro. No se abochorne usted por eso; cosas de enamorados.
Lucas. No, el bochorno es de calor.

Pedro. (*Con intencion.*) Bribonazo, se pierde usted de vista!

Lucas. Cá, no señor.

Pedro. (*Distraido.*) El dia en que yo perdí de vista á mi difunta Escolástica, fué un dia de luto para mi casa, que duró un año y dos meses el alivio.

Lucas. Pero qué tiene que ver eso con estar yo escondido en el arca?

Pedro. Nada. Eso solo me basta para decirle á usted... Mi apreciable Luquitas, hay momentos en la vida del hombre padre, en que es preciso hacer la vista gorda.

Lucas. Gracias, pero no lo entiendo.

Pedro. Bien, hijo mio, háste ahora el chiquito. Vengan esos cinco, y no hay mas que hablar. Pillo!

Lucas. Creo que usted va por otro lado. (*Le dá la mano y don Pedro repara en la sortija.*)

Pedro. Sí, por la acera de enfrente. Bueno, bueno. Despues de lo que estoy viendo... Tunante!

Lucas. Su hija de usted tiene ya novio.

Pedro. (*Riendo.*) Jí, jí!... Qué descaro. Novio de mi gusto.

Lucas. Entonces creo que estoy demás.

Pedro. Jí, jí! Qué bromista... pero tapa eso, hombre, tápalo. (*Señalando á la sortija.*) Esa es la gran prueba!

Lucas. (Calla, pues tengo una sortija. Aquí hay misterio; me conviene decir á todo que sí.)

Pedro. Ves como no contestas? Ves como te he cogido? (*Con misterio.*) Ella... pues!...

Lucas. Claro! (Maldito si entiendo una jota.)

Pedro. Maquiavelo!

Lucas. Quiá!

Pedro. Entra en mi cuarto, hipocriton, y espera á que yo... para que tú... y... anda.

Lucas. Don Pedro, yo no hago un mal papel. Soy hombre independiente, don Pedro, y cuando digo que estoy escamado...

Pedro. Escamado? (*Cantando.*) «Yo, yo, yo soy Menelao, yo soy Menelao, yo soy Menelao, que estoy escamao!» Todavía te escamas? Anda, querido hijo político.

Lucas. Yo no soy hijo, ni soy político, ni salgo ni entro, hasta que quedemos en lo que se haya de quedar, respecto á...

Pedro. (*Triste.*) A qué, Luquitas?

Lucas. A lo que la novia lleva.

Pedro. (Vil ochavo!) (*Amable.*) Pues eso ya lo sabes. La novia lleva varias cosas: deseo de agradarte, su ropa blanca, muchas virtudes públicas y privadas, una buena...

Lucas. Eso...

Pedro. Reputacion, y la cama de matrimonio.

Lucas. (Nada de dote. Esto no me conviene.)

Pedro. Ya se aumentará alguna cosilla. (*Echándolo á barato.*) Veo que estás de broma; anda al cuarto y calla hasta el momento de la entrevista oficial... (*Le empuja al cuarto.*)

Lucas. No, es que yo creo...

Pedro. Tú no crees nada... anda.

Lucas. Pero...

Pedro. Viene alguna visita y no es conveniente que te vean... Anda, jóven amable, anda. (*Lucas entra amostazado y don Pedro echa la llave.*) De aquí no sale hasta que á mí me acomode.

ESCENA XI.

DON PEDRO. NIEVES.

Pedro. Qué terco y qué solapado es el tal Luquitas. Estoy viendo que le ha escondido la chica, que le ha dado la sortija de familia, y todavía se hace el desentendido. Soy feliz!... Soy feliz! Luquitas tiene buen carácter y tiene dos fábricas de ladrillo fino que le producen... (*Llamando á la izquierda.*) Nieves, Nieves.

Nieves. (*Con timidez.*) Aquí estoy. (Me va á reñir.)

Pedro. Ven acá, perlita. Qué hacias, preciosa?

Nieves. Llorar, padre mio.

Pedro. Llorar?... (*Soltando una carcajada.*) Qué risa!

Nieves. Lloro porque usted, digámoslo así, se opone...

Pedro. Y quién te ha dicho que yo me opongo? Ya he visto tu anillo en manos de...

Nieves. Sí... yo...

Pedro. Qué le hemos de hacer. Yo os bendigo.

Nieves. De veras? Señor... (*Se quiere arrodillar.*)

Pedro. No, no me trates con tanto cumplimiento... Ese era mi mayor gusto, ya lo sabes.

Nieves. Sí? Qué habia de saber?... Yo no podia menos de estar amable con el otro, mas, ¿cómo habia de preferirle sobre este, cuando este es, digámoslo así, mi segunda existencia, y el otro?...

Pedro. Justo, justo... entre el otro y este, dejamos á este y tomamos al otro... digo no, tomamos al otro y este se queda peristan... Ya se vé, como hay dos... se confunde uno. (Lo que son las mujeres... la ha vuelto del revés!) Tú bien sabes lo que te haces... Solo lo de los ladrillos ablanda á cualquiera...

Nieves. (Le ha visto subir por la ventana.) Yo lo creo, y que tiene las manos de...

Pedro. Así te quiero, ángel mio! En tres dias se arregla el matrimonio, y nos quitamos ese cuidado de encima. Buen chico te llevas... y para que no se escapára le encerraste en el arca. Qué risa! No lo niegues.

Nieves. (*Bajando los ojos.*) Me ruborizo...

Pedro. Yo tambien... vaya, vete allá dentro, y acicálate un poquito si quieres, que pronto te llamaré para tomaros yo los dichos.

Nieves. Sí, voy, voy; estoy loca de contenta. (*Vase por la izquierda cantando y saltando de gozo.*)

ESCENA XII.

DON PEDRO. GUSTAVO.

Gustavo. (*Dentro.*) Está don Pedro Regalado?...

Pedro. Adelante.

Gustavo. (*Entrando.*) Saludo á usted.

Pedro. (*De mal modo.*) No estoy en casa, ni tengo el honor de conocer á usted.

Gustavo. El honor es mio.

Pedro. Mi niña ha resuelto casarse con una persona, y...

Gustavo. No prosiga usted. Yo no vengo á tratar de eso.

Pedro. Es que sería inútil que usted se molestára.

Gustavo. (*En actitud enfática y llevándole á un lado con reserva.*) Pero usted, no sabe lo que hay?

Pedro. Qué hay?

Gustavo. Usted no lo sabe?

Pedro. No sé una palabra de nada.

Gustavo. (*Llevándole mas allá.*) España está ardiendo!

Pedro. (*Sobrecogido.*) Ardiendo? (*Se limpia el sudor de la frente con el pañuelo, cambia de aspecto y muestra mucho interés.*) Qué calor que dá esta noticia!

Gustavo. A las tres y veinticinco minutos de esta madrugada se ha descubierto una conspiracion tan vasta, que tenia ramificaciones hasta en las islas Filipinas.

Pedro. (*Consternado.*) Qué atrocidad!

Gustavo. Pero yo he venido á distraer á usted de sus ocupaciones.

Pedro. Nada de eso, yo no me distraigo nunca. No tengo absolutamente nada que hacer. Siga usted, siga usted. (*Le invita á que se siente.*) (Es buen muchacho.)

Gustavo. Pues señor, se trató de establecer ciertos principios, ciertas prácticas, ciertas garantías...

Pedro. Garantías? Baje usted la voz no sea que lo oiga el alcalde de barrio.

Gustavo. El caso fué que...

Pedro. Sí, que estábamos flacos como un hilo, y de repente ¡páf! ensanchamos tanto, que ya estamos á punto de reventar.

Gustavo. Pues eso es precisamente. Tiene usted un gran punto de vista político. Por qué no es usted diputado ó cosa así?

Pedro. (*Pavoneándose.*) Qué se yo; no me ha dado la idea...

Gustavo. Hubiera usted llegado al momento á ministro!

Pedro. No tanto: para eso se necesita saber muchas... matemáticas!

Gustavo. Pues señor, volviendo á la conspiracion... (*Lucas llama quedo en la puerta. Gustavo mira.*)

Pedro. (*Sin hacer caso.*) Continúe usted. (Qué bien habla este muchacho!) (*Lucas va llamando cada vez mas fuerte.*)

Gustavo. La conspiracion no tenia bandera...

Pedro. Hombre, yo les podia haber dado una de percalina...

Gustavo. Pero fué creciendo... creciendo... (*Crecen los golpes.*) Llaman.

Pedro. No es nadie.

Gustavo. (*Levantándose.*) (Quién estará ahí?)

Pedro. Siga usted. (*Arrecian los golpes.*)

Gustavo. Pero?...

Pedro. (*A Lucas, alto.*) Qué quiere usted?

Lucas. (*Id.*) Quiero salir.

Pedro. Tenga usted paciencia. No haga usted caso. (*A Gustavo.*) Es el futuro de mi hija, que está de broma. Siga usted.

Gustavo. (Esto no acaba bien!) (*Disimulando su rabia.*) El caso es que se ha encontrado una lista en la que hay doce millones de conspiradores. (No sé lo que digo!) (*Cesan los golpes.*)

Pedro. Doce millones! Casi todos los españoles!

Gustavo. Y en la costa del Mediterráneo, una escampavía há aprehendido treinta buques cargados de uniformes, cañones, bombas, galleta y otros pertrechos de guerra, á uno de cuyos buques se le incendió la pólvora y estalló con estrépito. (*Lucas suelta una descarga de palos en la puerta.*) Qué es eso?

Pedro. Que á Luquitas tambien se le ha incendiado la pólvora. Siga usted.

Gustavo. Mejor será que abra usted la puerta á ese caballero... (Y yo le abriré en canal!) (*Arrecian los golpes.*)

Pedro. Siga usted. (*Don Pedro, preocupado con los golpes, no atiende á lo que dice Gustavo y cree que sigue hablando de política; sin embargo le presta atencion.*)

Gustavo. (*Descomponiéndose por grados.*) Pues señor, yo no consiento que el novio de su hija de usted, nos interrumpa de ese modo. Es un cobarde al que he desafiado varias veces y nunca ha querido admitir. La última vez que le insulté, recuerdo que fué en los toros; estaba á mi lado, en el tendido número 5; un picador nos brindó una suerte y puso una vara que no habia mas que pedir. (*Los golpes van volviendo á arreciar, pero de manera que no impidan oir el relato del actor.*) El tendido aplaudió en masa, cuando él se levanta y dá un chillido. (*Lucas chilla adentro.*) Así.

Pedro. (*Con voz dolorida.*) (Bruto!)

Gustavo. La gente se levanta tambien, y grita: «Fuera! Fuera!» él se encara conmigo, yo le digo cuatro frescas; se vuelve otro de los que estaban á su lado, que sabia que era maestro de obras retirado, y le dice: calle el albañil! Suenan una porcion de cencerros... qué confusion! y todos gritan: Cabestro! A ese! A ese! hasta que uno ¡pum! le dá un apabullo, y ¡bomm! cae Gomez, encima de una pasiega desplomado!

Pedro. (*Entusiasmado y á voces.*) Bravo! Bravo! Viva España!

Gustavo. (*Asombrado.*) Qué dice usted?

Pedro. No hablaba usted de Cuba?

Gustavo. Me aplastó! No, hombre; pero abra usted á ese caribe, que sino va á echar la puerta abajo. (*La puerta salta con estrépito á los golpes y sale apresurado Lucas.*)

ESCENA XIII.

DON PEDRO. GUSTAVO. LUCAS.

Lucas. (*Remedando á don Pedro.*) Bravo! Bravo! Viva España! Creo que usted se está burlando de mí!

Pedro. (*A Gustavo sin atender.*) Oh! en América se pelea con mucho valor! (*Confusion, los tres hablan casi á la vez.*)

Lucas. Me dará usted una satisfaccion!

Gustavo. Yo no hablo de América, sino del señor!

Pedro. Siga usted.

Lucas. (*A Gustavo.*) Creo que usted me insulta.

Pedro. (*Id.*) No hay que dejar á un filibustero vivo!

Lucas. El embustero lo será usted.

Gustavo. Ofender á mi tio, es ofenderme á mí!

Pedro. (*Fijándose en Gustavo.*) Pues ahora caigo... Tú eres Gustavo Perez.

Lucas. El escribano sin escribanía.

Pedro. Luquitas, déjame hablar.

Lucas. Yo no soy Luquitas.

Gustavo. (*A Lucas.*) Usted no se casa con la niña.

Pedro. Perez tiene razon.

Lucas. No me caso? Me alegro.

Gustavo. Y yo más.
Pedro. Gomez tiene razon. Que hable!
Gustavo. Si habla, le pego!
Pedro. (*A Lucas.*) (Enséñale la sortija.)
Lucas. (*Sin atender.*) A mí nadie me pega!
Gustavo. Usted aquí es un intruso.
Pedro. (Enséñale la sortija, y le chafas!)
Lucas. (*Metiéndose las manos en los bolsillos, y á Gustavo.*) Usted es un bufo!
Pedro. (*Abrazando á Gustavo.*) Un bufo!...
Gustavo. Barba azul Chipé, servidor de usté.
Pedro. Otro abrazo!
Lucas. Esta es una casa de orates... Me voy.
Pedro. Espera, Gomez; no seas zamacuco y enseña esa mano. (*Le detiene, le toma la mano y enseña la sortija á Gustavo.*) Entérese usted.
Gustavo. (*Furioso.*) Con qué derecho lleva usted esa joya?
Pedro. Toma, porque se la ha dado ella.
Gustavo. (*A Lucas.*) Es verdad?
Lucas. Cuando el padre lo dice...
Gustavo. No puede ser. Traidora!

ESCENA XIV.

DICHOS. NIEVES, *adornada con flores.*

Nieves. Qué es esto?
Gustavo. Me has vendido!
Pedro. Ven, Luquitas, trae tu mano.
Lucas. Ya me duele el brazo de tanto manotear.
Pedro. (*A Nieves.*) No es este tu anillo?
Nieves. El mismo. (*A Gustavo.*) Pero cómo es esto? Cómo tienes valor de que este caballero traiga mi sortija?
Gustavo. Ahora me echa la culpa á mí despues de haberme engañado. Qué insulto!
Nieves. (*A voces.*) Tú, ingrato, hombre falláz, tú has sido! (*Se aumenta la confusion. Rapidez.*)
Gustavo. (*A Nieves.*) Tú!...
Nieves. Tú!
Pedro. Ella!
Nieves. Yo?

Gustavo. Sí!
Lucas. Qué lío!
Pedro. Habla, Luquitas, te lo ruega tu amigo Perico Regalado.
Lucas. Ni regalado le quiero á usted.
Gustavo. Pues usted ha de hablar.
Nieves. Que hable.
Pedro. Déjame hablar á mí.
Lucas. Creo que...
Pedro. (*Interrumpiéndole.*) Yo lo diré.
Lucas. Creo que yo...
Gustavo. (*Interrumpiéndole.*) No quiero saberlo. Adios, pérfida!
Nieves. (*Acongojada y cayendo en una silla.*) Ay! ay! Se vá! se vá!
Pedro. (*Deteniendo á Gustavo.*) Aguarda, Barba azul, que se desmaya! (*Gustavo vuelve á socorrer á Nieves.*)
Lucas. Abur!
Pedro. Lucas, Luquitas Gomez, no te vayas. Esto es para perder la razon.
Nieves. (*Levantándose.*) Dónde estoy?
Lucas. Qué pregunta! En China.
Pedro. (*Fuera de sí.*) Qué dia! Qué dia! A grandes males, grandes resoluciones. (*Cogiendo de un brazo bruscamente á Lucas, que se asusta.*) Mira, Perez, la verdad es, que tú eres tonto! Mi hija no te quiere ni yo tampoco, conque sal de aquí para siempre, ahora mismo. (*Le empuja hácia la puerta derecha y Lucas sale dando traspiés.*) Anda, anda!
Lucas. Ah! Oh! Se ha vuelto loco. Me quedo con la sortija.

ESCENA ULTIMA.

DON PEDRO. NIEVES. GUSTAVO.

Pedro. (*A Gustavo.*) Ven á mis brazos! (*Se abrazan estrechamente.*) Cumplo mi palabra, hijo mio. Lucas Gomez, tuya es mi hija! (*Les enlaza las manos.*)
Nieves. (*Arrodillándose á sus piés.*) Padre adorado!
Gustavo. (*Id. al otro lado.*) Adorado padre!
Pedro. (*Levantándolos.*) En mis brazos. (*Al volver la cara sonriendo á Gustavo muda de fisonomía.*) Hé?

Cómo es esto? Y Luquitas? (*Con sorpresa y rechazándole.*) Tú no eres Luquitas!

Nieves. Es mi esposo!

Gustavo. (*Sin separarse de ella.*) Es mi esposa!

Pedro. (*Distraido.*) Pues cuándo os habeis casado? Yo no sé nada. Habeis dado ya parte de boda?

Gustavo. (Afortunadamente yo soy hombre prevenido y ya llevaba aquí las papeletas.) Sí señor, no se acuerda usted. Aquí está la papeleta. (*Se la dá.*)

Nieves. Justamente; esa es, digámoslo así la papeleta.

Pedro. Cosa mas original! A ver: (*Lée alto.*) «Don Pedro Regalado de Babia, participa á usted el efectuado enlace de su hija doña Nieves de Babia y Babia.»—Está bien, mi difunta llevaba mi mismo apellido, porque era además prima mia.—«Con don Gustavo Perez de Babia.» —Está bien, porque Gustavo es sobrino carnal de mi difunta, y se llama igualmente Babia,—«y le ofrece su habitacion en Chamberí, Paseo del Cisne, etc., etc., Sr. Don... etc., etc.» (*Declamando.*) Pues, en efecto, se han casado. Qué memoria la mia! Hijos, sed felices y que yo lo sea tambien.

Nieves. (*Gozosa.*) Qué alegría!

Gustavo. (*Satisfecho.*) (Ya tengo escribanía y escribana.) Qué felicidad!

Pedro. (*Cantando y bailando.*) «Broma me pide, pide, el cuerpo ya. Broma me pide, pide, el cuerpo ya... Lleva la carta á Rosicler. Yo me hallo loco de placer!»

Nieves. (*Al público.*)

Pues ya tu justicia empieza,
perdona al autor sus yerros,
y si te agradó la pieza,
apláudela con franqueza,
no te vayas por los *Cerros*.

(*Cae el telon.*)

FIN DEL JUGUETE.

Esta Galería, fundada en 1830, comprende más de 700 producciones nacionales y extranjeras, y las obras siguientes:

	Reales.
Fígaro (D. Mariano J. de Larra): 4 tomos en 8.° con su retrato y biografía	80
Alvarez.—Derecho real: 2 tomos	30
Rossi.—Derecho penal: tercera edicion en un tomo	36
Arago.—Astronomía: 1 tomo	10
Poesías de **D. José Zorrilla**: 2 tomos	40
— de **D. José Espronceda**: 1 tomo	12
— de **D. Tomás Rodriguez Rubí**: 1 tomo	8
— de **D. Juan Eugenio Hartzenbusch**: 1 tomo	16
Arte de declamacion: por D. Cárlos Latorre	2
Memorias del príncipe de la Paz: 6 tomos	60

Y otras que figuran en los Catálogos

PUNTOS DE VENTA

En Madrid, en las librerías de los Sres. Hijos de D. José Cuesta, D. Antonio San Martin, D. Fernando Fe y D. Hermenegildo Valeriano.

En Provincias, en las principales librerías, donde se facilitan Catálogos.

Madrid.—Estab. tip. de E. Cuesta, á cargo de J. Giraldez, Cava-alta, 5